



CAPITULO XXXIV

LOS PAÍSES BAJOS

Observaciones preliminares.—Oportunidad de la unión entre Bélgica y Holanda.—Ley fundamental de los Países Bajos reunidos.—Resistencias en el seno del clero belga.—Primeras disposiciones de los espíritus.—El rey Guillermo I.—Embróllase la política.—Los intereses materiales.—La cuestión de lenguas.—Los intereses religiosos.—El Concordato.—Unión de los católicos y de los liberales.—Oscilaciones en el sistema de gobierno.

DESDE los más remotos tiempos hasta nuestros días, existe una cuestión belga. Todos los Estados que la han rodeado y la rodean han pretendido apoderarse de ella, y todos han recibido los más crueles desengaños tan pronto no han podido contar con su docilidad. Si en la Edad media estuvo con los Borgoñas contra Francia, también estuvo con Francia contra los Borgoñas. Si luego perteneció á España por haberla unido á nuestra corona Carlos I, Felipe II con su tiránico é inquisitorial gobierno la indispuso con nosotros y la obligó á levantarse. Pudo entonces creerse que Bélgica conseguiría consuelo, pero nada de esto, y pasó á Austria de quien la desprendió la Revolución francesa, como hemos dicho, con gran sorpresa del imperio que creía que su enervamiento era prueba de sus simpatías.

Ni la revolución ni el imperio supieron establecerse sólidamente en Bélgica, y sus soldados luego se batieron en Waterlloo.

Al caer el imperio se la había unido á Holanda para formar en el Norte de Francia un campo atrincherado para uso de las potencias, que creían que convenía tener á Francia siempre en jaque, pero ni

el campo del Este,—Suiza,—ni el del Norte,—Bélgica,—han producido hasta hoy resultado alguno ni en pró ni en contra de la paz de Europa y á pesar de estos campos, se desarrolló el gran drama de la guerra entre Alemania y Francia, no habiendo servido los dos grandes campos á lo sumo, más que para salvar los restos de los derrotados ejércitos franceses.

Política la unión ó reunión de Bélgica con Holanda, no habiéndose consultado para unir los flamencos con los bátavos más que los intereses de Europa ó de las grandes potencias, esa unión que nada justificaba, ni la raza, ni la lengua, ni la religión, ni las costumbres ni el temperamento político, esta unión ó reunión había de durar mientras durara sobre Europa la gran presión de Austria ó de la Santa Alianza, pero tan pronto Grecia al emanciparse de Turquía emancipara á Europa de Metternich, Bélgica había de principiar á pensar lo que había de legítimo en su unión á Holanda; ella, potencia católica, sometida á una potencia protestante; ella, más ó menos latina, sometida á una potencia más ó menos germánica.

Reinaba á la sazón, como hemos dicho, en los

Países Bajos Guillermo V, hijo del último Stathouder hereditario, quien demostró gran energía y tacto político desde los primeros días probando, que no en vano acababa de regresar de Inglaterra, pues no solo dió al pueblo ó pueblos que se le habían entregado una Constitución redactada por Hogendorp y aceptada por una Asamblea de notables, sino que supo organizar un cuerpo de ejército de veinticinco mil hombres, con el que tuvo que contar Napoleon I. En lo que no procedió ni con conocimiento de causa ni con tacto Guillermo V, fué con las provincias belgas.

Un hombre como el conde Duyn, hacía ya notar á sus compatriotas que, mientras ellos continuaban siendo los hombres del siglo XVIII, los belgas eran ya de pleno los hombres del siglo XIX y se comprende: Bélgica, desde los primeros años de la Revolución á los últimos días del Imperio estuvo unida á Francia, mientras que Holanda se mantuvo aislada hasta cuatro años antes de la primera grande catástrofe de los bonapartes. Siendo esto notorio, y habiéndole deparado la suerte á Guillermo V, que fuera en territorio belga en donde sus holandeses contribuyeran al gran triunfo de Waterlóo, que en adelante celebraron los dos pueblos como el de su emancipación y libertad, Guillermo hubiera podido beneficiar desde luego su sólida posición, tanto más cuanto que su hijo Guillermo de Orange, que había regado el suelo belga con su propia sangre en Waterlóo, fué desde luego por esta circunstancia el ídolo del pueblo belga; mas para beneficiar este estado de cosas de una manera definitiva, precisaba que el rey y los holandeses no vieran una provincia sometida, un aumento de territorio como habían dicho neciamente los diplomáticos en 1814, sino una parte integrante del nuevo Estado, digno de ponerse al frente de los negocios por su altura, por su ilustración, por la unidad de su población, y por el mayor conocimiento que allí había de los negocios públicos de Europa, como lo proponía Sirtema von Grovertius, como lo proponía Huybrecht y como creía el mismo rey que había de ser cuando se vió ya detestado por los belgas.

Proponían los partidarios de esta política que se llevara el centro del reino á Bruselas, y que en la Haya se estableciera el príncipe de Orange como gobernador de las provincias septentrionales.

Los partidarios de la unión íntima con Falck á la cabeza, creyeron que todo estaba hecho, habiendo consignado en la Constitución los mismos derechos para las dos confesiones y con haber declarado que los Estados generales celebrarían sus sesiones ora en

Holanda, ora en Bélgica; pero la Constitución decía que entrambos Estados estarían representados en ellos de una manera conveniente, y esta frase encerraba todo el secreto del porvenir y de la unión de Bélgica y Holanda.

Añádase á esto que la Constitución de Hogendorp estaba, naturalmente, redactada en sentido absolutista, aún cuando se conservasen los Estados generales de la República báltava, sin embargo, se introdujeron las dos cámaras, lo que no conocía la antigua República holandesa, y cuya segunda Cámara, formada por pares vitalicios, eran nombrados todos por el rey.

Respecto del número de diputados se creyó resolver la cuestión, adjudicando á Holanda y á Bélgica un mismo número de representantes, cincuenta y cinco por parte, por consiguiente, no se tomaba por base la población, sino las antiguas unidades políticas, y desde este momento, claro está que Bélgica hubo de creerse lesionada y postergada, pues Holanda, centro de la Corte y del gobierno, resultaba más favorecida. Además, había quedado en suspenso la inmovilidad judicial, la publicidad de los debates judiciales, y se había abolido el jurado, todo lo cual había de echar de menos Bélgica, acostumbrada ya á esas formas protectoras del derecho y de la seguridad individual.

Por consiguiente, no tiene nada de extraño que cuando se presentara la Constitución holandesa á la aceptación de la Asamblea de notables de Bélgica, ésta la rechazara por gran mayoría, y sin embargo, el rey declaró que se había aceptado, entregándose para ello á un cálculo matemático sorprendente, porque dando por presentes á los notables que no habían concurrido, y dando por averiguado y cierto que de estar presentes hubiesen votado la adopción, se adicionaron los votos con la minoría, y á esta adición se le unieron anulándoles los votos de los que habían declarado que votaban en contra, en virtud de las leyes orgánicas que resultarían de los artículos de la Carta, lo cual dijo el rey no habiéndose puesto á votación no se podía votar, y de esta manera quedó constituida la mayoría belga en favor de la Constitución de los Países Bajos, pero desde este momento también para los hombres previsores quedó abierta la conspiración para separar á Bélgica de Holanda; el rey Guillermo había fracasado, su popularidad se había desvanecido por completo.

En un país como Bélgica, en el cual aún hoy es una potencia el partido católico, se comprende lo que había de pasar á raíz del triunfo de la teocracia europea; viéndose, por su parte, unido y sometido á

un país y á un rey protestante. Como, pues, la Constitución establecía la igualdad para todas las confesiones cristianas, los preladados católicos pusieron el grito en el cielo, denunciando la herejía y ordenando á sus ovejas que votaran en contra de la Constitución. Desprecióse de momento esa oposición al ver que todos los belgas ilustrados admitían la igualdad de cultos, pero no se comprendía que cuando esta inmensa fuerza eclesiástica y religiosa, se juntara en estos puntos con la fuerza de esa misma opinión liberal é ilustrada, había de resultar una resistencia imposible de vencer; esto se vió ya, cuando los católicos á fuer de tales, se negaron á prestar el juramento constitucional aún á costa de perder sus puestos en la administración del Estado. A esta actitud se creyó en la Haya que lo mejor era cerrar los ojos.

El choque, sin embargo, no pudo evitarse. El gobierno hacía como que no veía lo que pasaba en la diócesis de Gante, en donde el obispo de Broglie, partidario de la unión de Bélgica á Francia, dictaba mandamiento tras mandamiento, importándole poco la ley fundamental.

Perdió el rey la paciencia é impuso á sus ministros, mal su grado, que se llevara al violento obispo á los tribunales, en donde se oyó á de Broglie declarar que todo cuanto había hecho y se tachaba de ilegal, era todo lo contrario, por lo mismo que él no había aceptado la ley fundamental. El obispo fué condenado á la pena de confinamiento y la sentencia se fijó en los sitios públicos de la diócesis con gran profusión y en medio de otras dos sentencias por las cuales se condenaba á dos criminales vulgares, lo que, en vez de desprestigiar al obispo, le dió gran consideración porque se le comparaba al Cristo entre los dos ladrones. Esta botaratada del gobierno exaltó también á todas las personas de buen gusto, pues, ya es sabido que no basta tener razón, sino que es preciso saber hacerla valer.

Creía el rey que había ya triunfado, pero como hombre protestante no conocía hasta dónde llega la fuerza de resistencia del catolicismo. Así, cuando ordenó á los vicarios de la diócesis de Gante que se encargaran de su gobierno, ni uno obedeció, continuando como antes sus relaciones con su obispo que residía en París. Como el rey se había puesto en la fatal pendiente, hubo de continuar bajando por ella, y llevó igualmente á los vicarios á los tribunales, pero ya éstos, en 1821, no se encontraban en disposición de servir como antes al rey, y los vicarios fueron absueltos.

Esta cuestión clerical por su índole especial y

por el carácter de rebeldía que implicaba contra las leyes del país regularmente establecidas, naturalmente no era de las que habían de levantar en masa á la nación contra el rey, pero era de las que trabajan como las minas sordamente y que estallan cuando menos se espera. Por lo mismo, pues, viendo que el país liberal no tomaba parte por la rebelión del obispo de Gante, creyó el gobierno que Bélgica se desentendía de la cuestión, que esta éralo sólo por parte de la gente oscurantista, y por consiguiente que allí no había una cuestión trascendente, y en efecto, no eran pocos los liberales que comparando lo que significaba la rebeldía del obispo de Gante, estimaban como gran ventaja estar bajo un gobierno que había destruido el gobierno teocrático. Pero esto no obsta para que el partido teocrático fuera ya desde entonces separatista.

Juzgando, pues, el rey más fuerte su posición que la del partido clerical, lo desafió abiertamente para asegurarse el apoyo de los liberales, dándole á estos el gusto de arrancar la instrucción pública de las manos de los clericales y procurando ante todo desarrollar los intereses comerciales hasta el punto de hacer de Amberes la rival de Amsterdam, medidas todas que hacían olvidar un tanto la situación política, así hasta 1828 pudo el gobierno, á pesar de todos los gérmenes de disgusto que existían, dirigir las elecciones y hacer su camino sin grandes estorbos.

Ayudaba á esto personalmente el rey «de natural bueno y liberal...» «Simple, sin fausto y accesible á todo el mundo; gustando de pasear solo y en traje de paisano, poco dispuesto á desempeñar el papel de príncipe ceremonioso ó de gran señor que le repugnaba; no siendo tampoco de su gusto el jugar á soldados y sin pasión alguna, tampoco por otras pasiones costosas y perjudiciales de los soberanos, Guillermo presentábase con el aire propio de un jefe republicano, y parecía querer continuar la política de los príncipes de Orange, que se había siempre apoyado en el pueblo.» Y esto tanto más parecía exacto, cuanto se notaba su gran inclinación en ir á buscar para los principales puestos á los hombres plebeyos, pero ilustres por sus conocimientos, que no á los señores encopetados que no podían dar á los puestos más lustre que el de sustituirlos. Así, pues, por toda Europa pasaba Guillermo I, como el príncipe más liberal é ilustrado de Europa, y como tal se encargaban de presentarlo los mismos constitucionales franceses á quienes él correspondía muy mal, porque el gran flaco de Guillermo I era su invencible repugnancia por todo